

Lactancio y la Historia: Algunos aspectos de la historiografía romana presentes en el *De Mortibus Persecutorum*

Por Andrés Lagos Valdivia

1. Introducción

El tema del presente trabajo versa respecto de la naturaleza historiográfica del *De Mortibus Persecutorum* (DMP) de Lactancio.[1] Dicha obra corresponde al último escrito conocido del autor,[2] y se ha fechado prácticamente de manera unánime a comienzos del siglo IV.[3] Desde su descubrimiento en la segunda mitad del siglo XVII, la obra ha sido profusamente estudiada desde diversos ámbitos, siendo encuadrada de acuerdo a diferentes criterios o categorías. En este sentido, los trabajos que se han ocupado de la naturaleza literaria de la obra han calificado al DMP a partir de tres categorías o tipos—que pueden considerarse como géneros literarios o no—los cuales corresponden al tipo historiográfico, apologético y propagandístico.[4] Estas categorías no han sido necesariamente calificadas como exclusivas por parte de los estudiosos, pudiéndose encontrar en varios trabajos el establecimiento de mixturas por sobre categorías exclusivas.

Uno de los ensayos más completos sobre el DMP corresponde a la muy citada obra de Francesco Amarelli “*Il De Mortibus Persecutorum nei suoi rapporti con l’ideologia coeva*”. En él, define a la obra como un panfleto,[5] como una obra propagandística en donde la historia eclesiástica y la historia imperial se entrelazan, entendiéndose la historia del imperio como una proyección política

de la relación entre el emperador y la divinidad, por lo cual el soberano, si no es cristiano y si al menos favorece al cristianismo, es mostrado como sabio e iluminado en contraposición con los perseguidores, cuyo perfil es presentado como inexorablemente negativo.[6] Con respecto a sus elementos propiamente históricos, Amarelli plantea que el DMP se presenta a través de ciertos aspectos como una obra de carácter político, reflejando la esperanza que los cristianos ven en la paz de Constantino respecto de la penumbra provocada por la persecución de Diocleciano.[7] Otro elemento digno de destacar, y que conecta al DMP con el resto de la obra de Lactancio, es el desarrollo de la idea de la Providencia, la cual, en este caso, se observa presente en la historia.[8]

Para A.S. Christensen, la obra es sumamente compleja de relacionar con algún género literario en específico.[9] Considera que efectivamente se trata de una obra histórica, no obstante, la obra se desvía en muchos aspectos de las características tradicionales de la historiografía greco-romana.[10] Entre los aspectos que acercan la obra hacia las características clásicas destacan la demanda por la verdad y la idea de la historia como *magistra vitae*, la cual el autor asocia a Cicerón.[11] Sin embargo, existen problemas relativos al cumplimiento de los criterios de verdad, al rol que cumple el destinatario de la obra y a la utilización de ciertas formas retóricas, como las citas de Virgilio y la importancia de los diálogos. Ante estas consideraciones, el autor plantea como opciones cambiar la concepción respecto de la historia-género tradicional asumiendo que la historia en esa época transicional fue considerada de manera distinta o aceptar que Lactancio decidió deliberadamente romper con la forma clásica.[12] Asume que normalmente la obra ha sido definida como un panfleto, pero a la vez señala, a modo de crítica, que nadie ha intentado clarificar dicha definición.[13] Con respecto a su relación con los escritos de carácter apologético, existen evidentemente similitudes temáticas.[14]

Para el historiador Ramón Teja, es difícil encuadrar la obra en un solo género, puesto que de acuerdo a su opinión, la obra transita entre la apologética y la historia.[15] Para él, la obra constituye una obra apologética nueva, puesto que fue elaborada en condiciones políticas diferentes a las que marcaron el contexto de la apologética clásica, cuyo elemento distintivo fue la persecución. Como obra histórica, el DMP representa para Teja una obra original, vinculada a una transición entre elementos historiográficos nuevos y antiguos, siendo los primeros representados por la preocupación del autor por temáticas económicas, políticas y sociales –aspecto propio de la historiografía latina- y los segundos por el establecimiento de la Providencia como motor de la historia, el cual es un elemento típicamente cristiano.[16] Respecto de si se puede calificar la obra como un panfleto político, Teja señala que solo es correcto calificarlo de esa manera si se tiene en cuenta únicamente el objetivo que persigue, pero no la información que presenta.[17]

Manuel Rodríguez Gervás en su obra *Propaganda política y opinión pública en los panegíricos latinos del Bajo Imperio*, señala que la obra es un documento de primer orden para conocer los años de la tetrarquía y los primeros de Constantino.[18] Para él, se trata de una obra apologética, pero que posee ciertos elementos diferenciadores que la convierten más bien en una obra histórica con finalidad apologética.[19] De acuerdo a su opinión, y citando a T.D. Barnes,[20] el objetivo de la obra es manifiesto, al tratarse de un texto propagandístico destinado a demostrar el castigo divino de aquellos emperadores que persiguieron a los cristianos.[21]

El ensayo “Historiografía Pagana e Historiografía cristiana en el siglo IV d.C” de Arnaldo Momigliano es inaugurado con una referencia al DMP. Para el autor, se trata de un horrible panfleto[22] que rememora en parte la violencia de las expresiones proféticas judías. El sentido histórico de la obra es innegable, la cual es vista como un reflejo de la victoria de los cristianos en Puente Milvio,

gracias a la señal de Constantino. Asimismo, constituye una obra pionera de historiografía cristiana.[23]

Michael Von Albrecht, quien centra su comentario del DMP en sus aspectos lingüísticos y estilísticos, define la obra como un discurso de carácter mixto, que fluctúa entre un panfleto retórico y un relato histórico.[24] En su análisis, destaca los aspectos ciceronianos presentes en la obra, tales como el estilo impetuoso y violento.[25] La interpretación de la historia es a su juicio la de una teodicea, es decir, la idea de un Dios protector de su iglesia.[26]

En su obra dedicada a los padres de la iglesia latina, el historiador y teólogo alemán Hans Von Campenhausen califica a Lactancio como el primer representante de una teología latino cristiana de la historia.[27] Dios protege la justicia y hace que el castigo merecido caiga de manera inexorable sobre todos los impíos y perseguidores. Esto es una verdad teológica y política. En este sentido, se trata entonces de un escrito apologético. Dicho de otra manera, estamos en presencia de un panfleto religioso-político. La tesis de que los emperadores tolerantes siempre habían gobernado de forma positiva, y que, por el contrario, aquellos que habían perseguido a los cristianos habían tenido malos gobiernos se convierte en un axioma histórico-teológico. Ahora, tomando en cuenta las circunstancias en que fue escrita, la obra puede entenderse como una evolución de la conciencia política de una iglesia llamada a dominar.[28]

F. Winkelmann en el capítulo primero de la obra dirigida por Gabriele Marasco, *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, defiende claramente el carácter historiográfico de la obra.[29] Citando a Giuseppe Zecchini, remarca el hecho de que el DMP corresponde a la primera historia latina –poniendo el énfasis en el idioma– después de los Antoninos y que dicha regeneración comenzó con una obra cristiana.[30] Sin embargo, para Winkelmann el DMP es distinto a otras obras historiográficas de su tiempo. Su propósito es apologético en el sentido de intentar demostrar a través de la historia de las persecuciones

que el Dios cristiano es el único y verdadero Dios.[31] Quiere dar cuenta de la victoria final del Dios de los cristianos sobre todos sus enemigos. Las tendencias apologéticas -de origen judío y cristiano- fueron combinadas con el tópico del castigo de todos los aborrecedores de Dios. Este aspecto a su vez deriva de tradiciones romanas y judías, pero Lactancio subordina esto a la historia de la salvación. Lactancio combina el tema judeocristiano con un propósito romano y con un estilo retórico clásico. A esto, el agrega un aspecto genuinamente nuevo, en donde el Juicio Final sobre los enemigos de Dios toma lugar en esos días y es evidente para todos.[32]

En su *Historia del Cristianismo*, Manuel Sotomayor y José Fernández Ubiña destacan cuatro aspectos de la naturaleza histórica de la obra, los cuales se relacionan con la presentación de un arquetipo de perseguidor, el destino espeluznante de los impíos, el sentido final de los acontecimientos y el gusto por conservar documentos oficiales.[33]

Para M. Simonetti,[34] quien inserta al DMP en un estudio sobre literatura apologética, la obra tiene una evidente finalidad apologética pero con un carácter que califica de “embrionariamente histórico”, y al que atribuye también una filosofía de la historia. Para él, y siguiendo también en este sentido la opinión de Teja, el valor de la obra radica en mostrar un modo nuevo y más reflexivo de considerar, por parte de los cristianos, la relación con el imperio.

Asumiendo a partir de estas consideraciones la naturaleza historiográfica de la obra, conviene en consecuencia relacionarla con los elementos propios de la historiografía romana, tanto del alto como del bajo imperio. A mi juicio, el DMP sería parte de la tradición historiográfica romana presente en el siglo IV a partir de al menos cinco elementos, los cuales serían: Las reclamaciones de verdad y la noción de la historia como *magistra vitae*, las recurrentes referencias positivas hacia la *romanidad*, el tratamiento de temáticas político-militares-

económicas, la contemporaneidad de los acontecimientos que relatan y la presencia de la visión providencial de la historia.

2. Lactancio y la historiografía romana

2.1. Las reclamaciones de verdad y su noción de la historia como *magistra vitae*

Probablemente, el aspecto que mejor define y diferencia a la historia de otros tipos literarios es su reclamación consciente de una búsqueda de la verdad. Dicha idea se encuentra presente de manera transversal en la historiografía grecolatina,[35] siendo para Guy Bourdé y Hervé Martin uno de los principios esenciales que pueden hallarse al final del periodo romano.[36] De una manera bastante clara, Lactancio expresa en el epílogo de su obra que los hechos relatados se han expuesto de manera fiel, a la vez que manifiesta el deseo de que tales acontecimientos no sean olvidados:

Todos estos hechos he juzgado oportuno consignarlos por escrito fielmente -pues me dirijo a una persona que los conoce- tal como sucedieron, con la finalidad de que no se perdiese el recuerdo de tan importantes acontecimientos y de que, si alguien quiere escribir después la historia, no altere la verdad silenciando las ofensas de aquellos contra Dios y el juicio de Dios sobre ellos.[37]

Sin detenerse en las obvias inexactitudes, silencios y sesgos que presenta el DMP,[38] es decisora la declaración de veracidad que el autor hace con respecto al contenido de la obra. Dicha declaración va de la mano con su evidente intencionalidad apologética, la cual, como ya se observó a través de las opiniones expresadas más arriba, pretende poner a Dios como interventor y

juez de la historia. Para Lactancio, esta última idea debe ser de utilidad para la posteridad. Al iniciar la obra, escribe:

Es de su muerte (la de los perseguidores) de lo que me ha parecido bien dejar testimonio escrito, a fin de que todos, tanto aquellos que no fueron testigos de los acontecimientos, como quienes nos sucederán, sepan de qué modo el Dios supremo mostró su poder y majestad en la extinción y aniquilación de los enemigos de su nombre.[39]

Para Christensen, este pasaje -junto con el epílogo -denota la actitud de Lactancio hacia la historia, considerándola, al igual que Cicerón, como *magistra vitae*.^[40] La mencionada intención de trascendencia de la obra supone dicha actitud. Esta conceptualización de la historia como *magistra vitae* es formulada por Cicerón, aunque la noción está expresada desde Tucídides,^[41] pudiéndose ver también en la obra de Amiano.^[42] A la vez, no es muy difícil imaginar algún influjo ciceroniano al respecto en la obra de Lactancio, a juzgar por sus similitudes estilísticas resumidas en el juicio hecho por Pico della Mirandola, quien consideraba al autor del DMP como el “Cicerón cristiano”.^[43]

2.2. Lactancio y la romanidad

Un tópico literario que comienza a cobrar fuerza en esta época corresponde a la dualidad *romanidad-barbarie*, la cual se relaciona con la paulatina presencia al interior del *limes* de los pueblos allende el Rin y el Danubio. Al respecto, Lactancio adopta un binomio ya conocido por la literatura romana desde tiempos altoimperiales ^[44] en el cual lo “bueno” significa amor a la cultura –manifestación virtuosa de esta *romanidad* - y lo “malo” implica la *barbarie*.^[45] Las expresiones relativas a la humillación

sufrida por el emperador Valeriano, a la persona de Galerio y a la corte de Maximino Daya dan cuenta de la presencia de este tópico. Sobre lo ocurrido con Valeriano, señala Lactancio:

De este modo, tras haber contribuido a realzar magníficamente el desfile triunfal de aquel, vivió aun lo suficiente para que, durante un largo tiempo, el nombre romano fuese motivo de mofa y burla entre los bárbaros.[46]

Las referencias hacia los orígenes de Galerio y a su política enfatizan aún más esta dualidad:

Esta bestia (Galerio) estaba dotada de una barbarie innata y de una fiereza ajena a la sangre romana.[47]

Osó hacer, en contra de los propios romanos y los que a ellos se encontraban sometidos, lo que antes, en virtud del derecho de guerra, habían hecho nuestros mayores con los pueblos sometidos. Y ello, por la única razón de que sus antepasados habían sido sometidos al censo que Trajano, tras su victoria, impuso a los dacios como castigo por sus continuas revueltas.[48]

De este modo, el que antes era emperador romano, convertido ahora en devastador de Italia, retornó a sus territorios tras haber asolado todo, como si se tratase de territorio enemigo. Y no era de extrañar, pues en otro tiempo, cuando recibió el título de emperador, se había declarado enemigo del nombre romano cuya denominación había querido cambiar, de modo que el imperio no se llamara ya Romano, sino Dacisco.[49]

En los pasajes precedentes, Lactancio da a entender la falta de amor de Galerio por Roma. Lo califica sin miramientos como un bárbaro usurpador. Para el autor, el verdadero emperador es aquel que protege a la cristiandad contra la injusticia y quien gobierna de acuerdo con las necesidades del Senado romano y del pueblo.[50] En el último pasaje, Lactancio señala que Galerio habría querido cambiar el nombre al Imperio, dando cuenta de su fuerte nacionalismo dacio. Al respecto, Ramón Teja señala que el término “dacisco” posee un sentido peyorativo, e intenta marcar diferencias con el término oficial “dácico”. [51]

En otra parte, al describir la extensión de la reforma fiscal y el censo iniciado por Diocleciano hacia Italia y hacia Roma, el autor la califica como un sacrilegio hacia la ciudad eterna, la cual hasta ese momento se encontraba libre de dichas exigencias.[52]

En el capítulo referente a los abusos de carácter sexual perpetrados por Maximino Daya, Lactancio resalta la presencia de cortesanos de origen bárbaro, los cuales comparten la culpa del emperador al recibir mujeres romanas de alto rango. La disyuntiva que presenta el autor, es decir, la posibilidad de que una mujer fuera ultrajada vilmente o ser casada con un miembro de la corte, es expresada por Lactancio con un dejo de resignación evidente, poniendo de manifiesto la dualidad mencionada:

En consecuencia, no había más alternativa que la muerte o tener a algún bárbaro por yerno. [53]

Felipe González, en su estudio sobre la ideología y el léxico empleado por Lactancio, en el DMP, señala que desde una consideración general, la obra se inclina más hacia la *romanidad* que hacia lo exclusivamente cristiano.[54] A modo de ejemplo, señala que las medidas coercitivas que Galerio adopta contra

las escuelas retóricas y contra el derecho, son para Lactancio una pérdida aún más grave para la sociedad civil que el tormento sangriento al que los súbditos del Imperio, cristianos o no, eran sometidos.[55] Dice Lactancio:

Pero estos males (los suplicios físicos sangrientos) fueron poca cosa en comparación con estos otros: la elocuencia quedó extinguida, los abogados desaparecieron, los jurisconsultos fueron desterrados o asesinados, la actividad literaria fue relegada entre las malas artes y los que la ejercían fueron aniquilados y execrados como si se tratase de enemigos públicos. [56]

2.3. Énfasis en el tratamiento de temáticas político-militares-económicas

La tesis de Momigliano en el ensayo citado señala que los cristianos y los paganos nunca se enfrentaron en lo que el autor llama *el plano superior de la historiografía*. [57] Según Momigliano, las formas tradicionales de historiografía no atraían a los cristianos, quienes crearon otras nuevas. Estas formas corresponden a la Historia Eclesiástica y a las biografías de santos, las cuales son para el autor las contribuciones más importantes a la historiografía entre el siglo V a.C. y el siglo XVI d.C. [58] Las temáticas de historiadores como Eusebio estaban centradas en el desarrollo de la iglesia, enfatizando el contenido doctrinal. Lactancio, en este sentido, es la excepción que confirma la regla con respecto a los escritores cristianos de la época. [59] Al iniciar la sección “contemporánea” de la obra, Lactancio centra el contenido de su exposición en temáticas relativas a acontecimientos políticos, militares y económicos, continuando con un énfasis presente en Polibio, Tácito, Tito Livio y que posteriormente retomará Amiano Marcelino. [60] Describe el gobierno de Diocleciano, a quien califica de *inventor de crímenes y maquinador de maldades* [61] criticando la existencia y el sentido de la tetrarquía, [62] su reforma

fiscal –incluyendo el Edicto de Precios de 301[63] -,y la división territorial de las provincias. [64] Para Lactancio, todo tiene como fin último satisfacer la avaricia del emperador, quien

no quería que jamás disminuyese el tesoro, sino que exigía constantemente impuestos y donaciones extraordinarias, a fin de mantener íntegras e intactas las reservas. [65]

Con respecto a Galerio, critica la supresión de privilegios que poseían los ciudadanos de alto rango al momento de ser procesados[66] y las consecuencias de sus reformas fiscales, la última de las cuales tuvo por objetivo únicamente solventar los gastos de la Vicennialia.[67] Asume que la gran hambruna que se produjo en 312 se debió casi de manera exclusiva a la política fiscal llevada a cabo por Maximino Daya.[68] Finalmente, los capítulos 46-48 están dedicados íntegramente a la descripción de hechos de armas, detallando la política de alianzas llevada a cabo por los tetrarcas junto con su desenlace a través de la batalla de Puente Milvio y de la guerra entre Licinio y Maximino.

2.4. Contemporaneidad

En *Las Escuelas Históricas*, señalan Bourdé y Martin: “La prioridad otorgada al próximo pasado la reencontramos en Amiano Marcelino (330-400 de nuestra era). Si dedica trece libros a relatar los años 96-352, reserva dieciocho al periodo 352-378, que en cierto modo es “el suyo””. [69] Para estos autores, los historiadores romanos son “contemporaneístas” o incluso “inmediatistas” por razones muy sencillas: ¿No es pertinente informar, en primer lugar, sobre lo que se ha visto y oído? ¿No es pertinente cotejar los relatos de muchos testigos? La observación y la narración del cambio ocupaban por tanto una posición

central en el discurso de los historiadores.[70] Al respecto, Francesco Borghesi señala que la escasa disponibilidad de información fehaciente llevó a los mejores escritores romanos a preferir la historia contemporánea.[71]

Un segundo ejemplo puede encontrarse en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio. Si bien la obra comienza con la exposición de varios aspectos doctrinales de la figura de Cristo y con los acontecimientos señalados en el Nuevo Testamento respecto a Jesús, esta finaliza el tratamiento de los hechos relativos a la persecución de Diocleciano. Los tres últimos libros tratan ampliamente estos acontecimientos, los cuales fueron prologados por el autor de la siguiente manera:

Después de haber descrito en siete libros enteros la sucesión de los apóstoles, creemos que es uno de nuestros más necesarios deberes transmitir, en este octavo libro, para conocimiento también de los que vendrán después de nosotros, los acontecimientos de nuestro propio tiempo, pues merecen una exposición escrita bien pensada. Y nuestro relato tendrá su comienzo desde este punto.[72]

Esta tendencia se manifiesta en Lactancio a partir de lo ya expresado en el epílogo y a través del espacio que destina a la Tetrarquía. Solo escribe cinco capítulos (cap. 2-5), de gran brevedad- relativos a las muertes de Nerón, Domiciano, Decio, Valeriano y Aureliano, mientras que el grueso de la obra (cap. 6-51) se trata de acontecimientos contemporáneos. Para algunos autores,[73] su presencia en Nicomedia durante la persecución de Diocleciano y la referencia a su posible vínculo con Crispo, el hijo de Constantino, lo hacen un testigo presencial directo de los acontecimientos que relata.

2.5. Presencia de la visión providencial en la historia

De acuerdo a lo expresado por Teja, la tesis central de la obra podría reducirse a la siguiente formulación: Todos los emperadores perseguidores han sido malos emperadores, pues solo un mal emperador puede perseguir la justicia y todos padecieron una muerte miserable.[74] De acuerdo al mismo autor, esta tesis no constituye una formulación original de Lactancio, puesto que sus los aspectos de la misma ya se hallaban de alguna manera presentes tanto en el mundo pagano como en el cristiano. La idea de “emperadores buenos” y emperadores malos” se había ido desarrollando paulatinamente a través de la historiografía y ya a fines del siglo III este punto estaba perfectamente delimitado: en este caso, emperador “malo” era sinónimo de emperador antisenatorial, tal como recogerá posteriormente la *Historia Augusta*. [75] Por otro lado, la idea subyacente, vale decir, el concepto de la actuación de la Providencia en la historia tampoco es nuevo, procediendo también del mundo pagano. [76] Ahora bien, las peculiaridades que a juicio de varios autores son propias de la obra, se relacionan con el intento de aplicación de una doctrina- en este caso el providencialismo cristiano y el juicio de Dios – a una realidad concreta. Como ya se esbozó más arriba, para Francesco Amarelli, implica una continuación del tratamiento hecho por Lactancio de la idea de la Providencia. [77] Las *Divinae Institutiones*, obra de claro carácter apologético, presenta un desarrollo estructurado de esta doctrina. [78] Para Winkelmann, la obra consiste en una demostración en terreno histórico de ciertas doctrinas bíblicas, las cuales implican la idea de la Providencia y el Juicio de Dios. [79] A mi modo de ver, la principal peculiaridad que Ramón Teja ve en la obra es que Lactancio fue el primero en sacar una obra histórica de esta elaboración teológica. [80]

En una obra referida a la *Crónica Actitatorum Temporibus Benedicte Pape XIII* de Martín de Alpartir, María Agudo Romero realiza un análisis de los aspectos según los cuales actuaría la Providencia en la historia. A mi juicio, estos criterios pueden aplicarse bastante bien a la obra que estamos analizando. Para la autora, el providencialismo se manifiesta en tres sentidos: a) consideración de la providencia como organizadora de la historia, b) la presencia de prodigios o milagros como medio de interpretar los hechos históricos, y c) la actuación de Dios como juez de la historia.[81]

Al examinar el discurso de Lactancio, es posible constatar que el primer punto está presente al iniciar su relato, en donde el autor atribuye directamente a Dios la causa principal de los sucesos que relatará a continuación y refiere a los césares –los “Príncipes”-, Constantino y Licinio, la cualidad de agentes del poder divino. A mi juicio, el pasaje es elocuente:

Dios, en efecto, ha promovido unos Príncipes que han puesto fin al poder malvado y sangriento de los tiranos y han proporcionado a la humanidad el que, disipada, por así decirlo, la nube de la sombra de la época anterior, una paz alegre y serena llene de regocijo las mentes de todos.[82]

El segundo tópico, referido a la presencia de prodigios y milagros como explicación de los hechos históricos, está presente en la interpretación lactanciana de la batalla de Puente Milvio, en 312. Al referir el relato, el autor señala:

Constantino fue advertido en sueños para que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y entáblese de este modo la batalla. Pone en práctica lo que se le había ordenado y, haciendo girar la letra X con su extremidad superior curvada

en círculo, graba el nombre de Cristo en los escudos. El ejército, protegido por este emblema, toma las armas.[83]

El sueño de Constantino, referido también por Eusebio, ha sido fruto de múltiples discusiones en torno a los elementos presentes en él.[84] De acuerdo a Rodríguez Gervás, el sueño es bastante impreciso en cuanto a descubrir los términos en que se apareció Dios. No se comenta, por ejemplo, si en él hubo algún elemento visual acompañando al mensaje conocido o simplemente, se dejó oír la voz de Dios advirtiéndole qué tenía que hacer.[85] De cualquier manera, al revisar el corolario de los acontecimientos, el sueño cumple un rol fundamental en la interpretación de este hecho para Lactancio, pues al comparar la fe de Constantino con el paganismo de Majencio, refuerza la idea del respaldo divino en el triunfo del primero.

La tercera idea, referida a la actuación de Dios como juez de la historia, es quizás la que se encuentra expresada de mejor manera a lo largo de la obra.[86] No obstante, y con el objeto de reforzar la evidencia, comparto un pasaje que clarifica aún más lo expuesto en este sentido. Tras haber expuesto las execrables muertes de todos aquellos que habían participado en las persecuciones, refuerza la idea de que los acontecimientos ocurrieron a causa de la justicia de Dios, en este caso, teniendo a Licinio como agente del juicio:

Fue así como Dios terminó con todos los perseguidores de su nombre, de modo que no quedó de ellos ni huella ni raíz (...) De este modo, todos los impíos, por un justo y verdadero juicio de Dios, recibieron los mismos castigos que ellos habían infligido.[87]

3. Conclusión

A través de lo expuesto, ha sido posible constatar, al menos en ciertos elementos, la naturaleza histórica del *De Mortibus Persecutorum* de Lactancio. El hecho de ser una obra que reclame ser un testimonio verídico de la época vivida, que manifieste un total apego hacia la romanidad, que procure establecer lo que para el autor son los hechos de Dios a partir de temáticas político-militares-económicas, que su preocupación sean temas contemporáneos y que sea la primera obra que intente aplicar la doctrina de la providencia al devenir histórico la hacen sin duda formar parte de la rica tradición historiográfica del mundo romano. Sin embargo, como ha sido prácticamente un consenso entre los estudiosos, es muy difícil otorgarle una naturaleza única. Es evidente que posee un manifiesto carácter apologético y que sus simpatías por Constantino y los suyos la han convertido en un controvertido panfleto.[88] No obstante, es quizás necesario realizar un estudio que abarque de manera exhaustiva las consideraciones sobre ambos tópicos, en un esfuerzo por responder la pregunta hecha por Arne Christensen.[89]

* Andrés Lagos Valdivia es Profesor de Historia y Geografía, Licenciado en Educación, Universidad del Bío-Bío. Actualmente cursando estudios de Magíster en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

[1] Es muy poco lo que se sabe del autor. Sobre sus escasos datos biográficos, obtenidos en parte a través del *De Viris Illustribus* de Jerónimo y a partir de los datos colegidos a partir de *De Divinae Institutiones*, véase Ramón Teja, *Lactancio*.

Sobre la Muerte de los Perseguidores. Introducción, Gredos, Madrid, 1982. En el presente trabajo, se considerará la edición recién mencionada.

[2] Las obras que han llegado hasta nosotros, fuera del DMP, corresponden al *De Opificio Dei*, *De Divinae Institutiones*, *De ira Dei*, y la que es considerada la primera obra poética cristiana dependiente de la tradición antigua, el *De Ave Phoenice*.

[3] De acuerdo lo expuesto por Ramón Teja, la fecha exacta de composición de la obra es incierta. Solo es posible establecer un intervalo, el cual sería entre el otoño de 314 y 316. El *terminus post quem* sería el fin de las persecuciones, es decir, el 313, pero más concretamente, considerando el último acontecimiento mencionado, el cual es la muerte de Valeria y Prisca, (hija y esposa, respectivamente) en otoño de 314. La otra referencia importante es que al momento de terminar de escribir la obra, existía un momento de paz, manifestado en el reinado de dos emperadores. (Constantino y Licinio, quienes compartieron el poder a partir de la muerte de Maximino Daya en 314. Esta situación termina con una guerra entre ambos iniciada en 321 y la muerte de Licinio en 324). Con respecto al *terminus ante quem*, este sería finalmente el 316, puesto que ese año se enfrentan Licinio y Constantino. Por lo tanto, la obra se escribió entre finales de 314 y comienzos de 315. Para esta datación, el autor sigue a J.R. Palanque y a T.D. Barnes. (J.R. Palanque, "Sur la date du *De Mortibus Persecutorum*" *Melanges Carcopino*, París 1966, 711-716; Timothy David Barnes, "Lactantius and Constantine", *The Journal of Roman Studies* Vol. 63, 1973 Pp. 29-46) En Teja, *Op.Cit.*, 16-20.

[4] Sin entrar en la discusión respecto a las consideraciones teóricas en torno a los géneros literarios (Véase Jean Marie Schaeffer, *¿Qué es un género literario?* Akal, Madrid, 2006) me parece pertinente señalar que obras generales sobre literatura antigua han calificado a la historiografía y a la apología como géneros, aludiendo a sus características análogas. Véase Michael Von

Albrecht, *Historia de la Literatura Romana*, Herder, Barcelona, 1997, 1182-1185;
Manlio Simonetti, "Apologética, Literatura" En *Diccionario San Pablo. Literatura Patristica*. Ángel De Bernardino, Giorgio Fedalto, Manlio Simonetti, (Eds), San Pablo, Madrid, 2010, 164-178; Etc. Sin embargo, otros autores han sostenido que particularmente los escritos apologéticos no corresponden a un género, sino que los autores de dichas obras se han servido de diferentes formas literarias, tales como cartas, diálogos, tratados, etc., los cuales son utilizados con un fin específico. Véase Cecilia Ames, "La Apología y el Diálogo en los primeros apologistas latinos: Tertuliano y Minucio Félix", CIBCE, núm. 12, 2008, 45-60

[5] Francesco Amarelli, "Il de mortibus persecutorum nei suoi rapporti con l'ideologia coeva", *Studia et documenta historiae et iuris*, núm. 36, 1970, p.208

[6] *Ibíd.*, pp. 209-210

[7] *Ibíd.*, p. 213

[8] *Ibíd.*

[9] Arne Soby Christensen. *Lactantius the historian. An analysis of the De mortibus persecutorum*, Museum Tusculanum, Copenhage, 1980, p.19

[10] Aunque el autor no lo menciona, el DMP carece al menos de tres elementos importantes: El sustancialismo griego, el optimismo en la naturaleza humana y presencia de una Historia Universal. Al respecto véase Robin G. Collinwood, *Idea de Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 92, 108. Y Lino Vaz Araujo, *Las concepciones historiográficas romanas en el Bajo Imperio*, Universidad de Zulia, Maracaibo, 1966, p.33

[11] *Ibíd.*, p. 19

[12] *Ibíd.*, p. 20

[13] *Ibíd.*, p. 18

[14] *Ibíd.*, p. 15

[15] Teja, *op.cit*, p. 37

[16] *Ibíd.*, pp.41-42

[17] *Ibíd.*, p. 40

[18] Manuel Rodríguez Gervás, *Propaganda política y opinión pública en los panegíricos latinos del Bajo Imperio*, Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1991, p.136

[19] *Ibíd.*

[20] Barnes, *op.cit.*, p. 29-46. En *Ibíd.*

[21] *Ibíd.*

[22] Arnaldo Momigliano, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p.95

[23] *Ibíd.*, p. 96

[24] Von Albrecht, *op.cit.* p. 1445

[25] *Ibíd.*, p. 1448

[26] *Ibíd.*, p. 1454

[27] Hans Von Campenhausen, *Padres Latinos Vol II.*, Ed. Cristiandad, Madrid, 2001, p. 114

[28] *Ibíd.*, p. 116

[29] Friedhelm Winkelmann, *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity, Fourth to Sixth Century A.D.*, Gabriele Marasco, (ed.) Koninklijke, Leiden, The Netherlands, 2003, p.31

[30] Giuseppe Zecchini, *Ricerche di storiografia latina tardoantica* L'Erma di Bretschneider, 1993, p. 12

[31] Winkelmann, *op.cit.*, p. 32

[32] *Ibíd.*

[33] Manuel Sotomayor, José Fernández Ubiña, *Historia del Cristianismo*, Trotta, Madrid, 2006, pp. 363-365

[34] Simonetti, *op.cit.*, p. 175

[35] Ricardo Martínez Lacy, *Historiadores e Historiografía de la Antigüedad Clásica*, México, 2004, p. 62

[36] Guy Bourdé, Hervé Martín, (eds.) *Las Escuelas Históricas*, Akal, Madrid, 1992, 26. A propósito, el autor pone como ejemplo a Amiano Marcelino: “*Al seguir el orden de los diversos acontecimientos, he relatado (en la medida en que me ha sido posible buscar la verdad) los hechos de los que he podido ser testigo ocular, debido a mi edad, o de los que he podido informarme, interrogando minuciosamente a los que participaron en ellos*”

[37] Lactancio, *De Mortibus*, 52, 1

[38] A propósito, véase Barnes.,  dem. Una muy buena exposición de los problemas generales referidos a los historiadores grecolatinos puede hallarse en la obra de Michael Grant, *Historiadores de Grecia y Roma: información y desinformación*. Alianza, Madrid, 2003

[39] Lactancio, *De Mortibus*, 1,8

[40] Véase cf.10.

[41] Norma Dur n. *Formas de hacer la Historia. Historiografía Grecolatina y Medieval*, Ed. Navarra, México, 2001, pp. 141-142

[42] María Luis Harto, *Estilo y recursos est ticos en la obra historiográfica de Amiano Marcelino*. En Norba, Revista de Historia, Vol.16, 1996-2003, pp. 245-246

[43] Von Campenhausen, *op.cit.*, p. 120

[44] Al respecto, propongo dos ejemplos. “(...) * Qu  respeto tienes por los maestros de retórica!,  Qu  consideración con los profesores de filosofía!  Qu  nuevo vigor, qué nueva vida han recibido bajo tu gobierno las ciencias humanas!,  Qu  felizmente han podido regresar a su patria! La crueldad de los tiempos precedentes las había castigado con el exilio, cuando un Príncipe consciente de ser culpable de todo tipo de vicios relegaba lejos de Roma todas las artes más elevadas enemigas de los vicios, no tanto por odio hacia ellas, como por miedo de las mismas*” Plinio el Joven, *Panegírico a Trajano*, 47,1 (Cátedra, Madrid, 2007) “*Creían, sin duda, que con aquel fuego se destruía la voz del Senado y la conciencia del género humano, sobre todo tras la expuls n de los*

filósofos y el destierro de todas las artes nobles, para que nada honesto les hiciera frente en parte alguna". Tácito, Agrícola 2,2. (Gredos, Madrid, 1981).

[45] Teja, *Op.cit.*, p. 32

[46] Lactancio, *De Mortibus*, 5,4

[47] Lactancio, *De Mortibus* 9,2

[48] Lactancio, *De Mortibus* 23,5

[49] Lactancio, *De Mortibus* 27,8

[50] Christensen, *op.cit.*, p. 15.

[51] Teja, *op.cit.*, p. 148

[52] Teja, *op.cit.*, pp.134-135

[53] Lactancio, *De Mortibus*, 35, 5-7

[54] Felipe González. "Léxico e ideología en el *De Mortibus Persecutorum* de Lactancio: El caso de Valeria y Prisca", *Studia histórica*, núm. 2-3, 1984-1985, p. 201

[55] *Ibídem.*

[56] Lactancio, *De Mortibus*, 22,4

[57] Momigliano, *op.cit.*, p. 107

[58] *Ibíd.*, p.102

[59] *Ídem*

[60] Harto, *op.cit.* p. 243. A propósito, la autora señala: "Es idea generalmente defendida que la historiografía clásica se centra en narrar acontecimientos políticos, militares o institucionales, dejando a un lado el mundo económico y social. No olvidemos, por ejemplo, entre los griegos a Heródoto, Jenofonte o Polibio para quien era esencial que el historiador tuviera cierta experiencia en el campo militar, y entre los latinos, a Salustio y a Julio César. En el caso concreto de Amiano Marcelino, nuestro historiador ve el suceder histórico desde un punto de vista preponderantemente militar, y aduce como prueba las continuas referencias en la *Res Gestae* a instituciones y a cargos militares, su

conocimiento del instrumental y del arte militar, etc.” (ibídem) A esto se le puede sumar la conciencia respecto de las problemáticas políticas, sociales y religiosas que le rodeaban.

[61] Lactancio, *De Mortibus*, 7,1.

[62] Lactancio, *De Mortibus* 7,2.

[63] Lactancio, *De Mortibus*, 7.7

[64] Lactancio, *De Mortibus*, 7.4

[65] Lactancio, *De Mortibus*, 7.5

[66] Lactancio, *De Mortibus*, 21

[67] Lactancio, *De Mortibus*, 31

[68] Lactancio, *De Mortibus*, 37

[69] Bourdé, Martin, *op.cit.*, p. 25

[70] Ibídem.

[71] Francesco Borghesi, “La idea del tiempo en la historiografía clásica”. Nicolás Cruz, Catalina Balmaceda (Ed.) *La Antigüedad. Construcción de un espacio interconectado*, RIL Editores, Santiago, 2010, p. 30

[72] Eusebio, *Historia Eclesiástica*, VIII, Pról. (BAC, Madrid, 1973)

[73] Von Campenhausen, *op.cit.*, p. 114

[74] Teja, *op.cit.*, p. 25

[75] Teja, *op.cit.*, p. 26

[76] Sin embargo, el concepto providencial manifestado en general por la cultura clásica distaba en puntos importantes respecto a la concepción cristiana. La figura de la Fortuna poseía un eminente carácter fatalista y caprichoso, distinto al carácter soteriológico de la concepción cristiana del tiempo. Con respecto a la primera idea, Lino Vaz señala que la vida de las colectividades humanas está sujeta, en ciertos momentos, al imperio caprichoso e imprevisible de la fatalidad. Y esta fatalidad, bien se llame Fortuna o “Fatum”, desempeña también su papel en el acontecer histórico. Lino Vaz Araujo, *op.cit.*, p. 20.

[77] Amarelli, *op.cit.*, p. 214

[78] En el primer libro de la *Divinae Institutiones*, dedicado a tratar el tema de las falsas religiones, Lactancio expone prácticamente como primer tema la omnipotencia de la Providencia. Véase Lactancio, *Instituciones Divinas*, Gredos, Madrid, 1990, 21. Introducción por Eustaquio Sánchez Salor.

[79] Winkelmann, *op. cit.*, p. 32

[80] Teja, *op.cit.*, p. 24

[81] María del Pilar Agudo Romeo. *El providencialismo en la Crónica actitatorum temporibus benedicti pape XIII de Martín de Alpartir*, En Revista Aragón en la Edad Media, Estudios de Economía y Sociedad., N° 16, Zaragoza, 2000, pp. 1-2

[82] Lactancio, *De Mortibus*, 1, 3. El siguiente pasaje, referido a los cuidados que Dios profesa a Constantino, sigue la misma idea: “*So pretexto de realizar ejercicios y juegos, lo había expuesto a las fieras; pero en vano, pues la mano de Dios lo protegía y lo libró de sus garras en el momento crítico*”. Lactancio, *De Mortibus*, 24.4

[83] Lactancio, *De Mortibus* 44,6

[84] Al respecto, puede verse la discusión en Rodríguez Gervás, *op.cit.* pp. 137-138

[85] *Ibidem.*

[86] Fuera de los pasajes referidos al epílogo y a la dedicatoria, es posible encontrar otras expresiones elocuentes: *Después de esto, Dios, vengador de su religión y de su pueblo, puso sus ojos en el otro Maximiano (Galerio), responsable de la nefanda persecución, para mostrar también a costa suya el poder de su majestad.*” Lactancio, *De Mortibus*, 31, 1. Tras el fin de la batalla entre Licinio y Maximino Daya, Lactancio señala que *fue así como el Dios supremo los entregó como holocausto a sus enemigos.* Lactancio, *De Mortibus*, 47, 3

[87] Lactancio, *De Mortibus*, 50, 1-8

[88] Con respecto a este último punto, me atrevo a reflexionar sobre algunos pasajes que, sin tener un marco de referencia demasiado claro, apuntan,

siguiendo a Teja, a la idea del *De Mortibus Persecutorum* como un documento al menos pro-constantiniano. En primer lugar, silencia los hechos acaecidos bajo la persecución de Trajano y Marco Aurelio. *En la época siguiente, en la que muchos y buenos Príncipes mantuvieron el timón y el rumbo del Imperio romano, no sufrió –la iglesia– ningún ataque de los enemigos y extendió su brazo por Oriente y Occidente* (Lactancio, *De Mortibus*, 3,4) Solo tiene palabras de elogio para Constancio Cloro, el cual fue *diferente de los demás y digno de estar él solo al frente de todo el Imperio*. (Lactancio, *De Mortibus*, 8,4) Siguiendo con Constancio, dice Lactancio que *para que no pareciese que desaprobaba las órdenes de sus superiores, se limitó a permitir que fuesen destruidos los lugares de reunión, es decir, las paredes que podían ser reconstruidas, pero conservó intacto el verdadero templo de Dios que se encuentra adentro de las personas*. (Lactancio, *De Mortibus*, 8.4) De esta manera procura exculparlo. Las diferencias entre Majencio y Constantino son manifiestas: *Maximiano tenía un hijo, Majencio, yerno del mismo Galerio. Tenía una mente malvada y perversa y era tan soberbio y terco, que no acostumbraba a rendir culto a su padre ni a su suegro, por lo que ambos le odiaban. Constancio tenía también un hijo, Constantino, joven santísimo y totalmente digno de este alto cargo, a quien, por su distinguida y digna prestancia física, por su genio militar, por su integridad de costumbres y su extraordinaria afabilidad, los soldados le amaban y los simples particulares le deseaban como emperador*. (Lactancio, *De Mortibus*, 18.10) Sin embargo, las muestras de devoción por parte de Lactancio hacia Constantino obedecen a la visión personal que el rétor tenía sobre el emperador y no a las consideraciones oficiales de la corte. Al respecto, T.D. Barnes señala: *El argumento puede ser reducido de la siguiente forma: La propaganda pro-constantiniana trató la memoria de Maximiano de manera favorable excepto por un corto periodo (entre 311 y 312) pero la de Majencio fue consistentemente vilipendiada. Lactancio describe a Majencio de una manera desapasionada, pero vilipendia a Maximiano. El contraste entre ambas visiones confirma una fecha más temprana para la composición del DMP y*

prueba que el autor nos estaba simplemente entregando la visión contemporánea oficial de los eventos aceptados por la corte de Constantino. Barnes, op.cit. p. 43. Chirstensen recoge este mismo aspecto. (Christensen, op.cit., p.16)

[89] Véase cf.13.

Para citar este artículo:

Lagos Valdivia, Andrés, "Lactancio y la Historia: Algunos aspectos de la historiografía romana presentes en el *De Mortibus Persecutorum*", *Revista Historias del Orbis Terrarum, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, ISSN 0718-7246, vol. 7, Santiago, 2014, pp.77-101